

RAFAEL ALCIDES
Nadie

bokeh ✱

© Rafael Alcides, 2016
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016
© Bokeh, 2016
Leiden, NEDERLAND
www.bokehpres.com

ISBN 978-94-91515-58-3

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

El mago

Se ha vuelto El Mago distraído,
calvo, profesoral. Con lentes.
Hay que verlo sin capa ni angustia
ni sombrero en la TV. Ha aprendido
demasiado acerca de misterios, pero
ha olvidado hacer el misterio.
Ya ni siquiera nos ofrece El Mago
pequeños juegos de manos. Y
nos condena a vivir (él también)
frente a un telescopio, mirando
la marcha impertérrita
de nada.

El extraño ser

Luego no sabría dónde lo encontraron. Recordó solamente que lo desembarcaron en una casa de las afueras ya con un nombre y los ojos vendados. Le dijeron: Tienes que hacer esto y lo otro, y aquello no lo puedes hacer y si lo haces te rajamos la cabeza con una palo de este tamaño o te sumergimos para siempre en el sótano. Estas leyes no te fueron consultadas pero tienes el deber de obedecerlas. No se contestan preguntas pero puedes preguntar lo que quieras puesto que eres libre. Utiliza esa libertad.

Le dijeron: El pan te será amarrado a un cordelito en el último peldaño de la escalera y cuando estés llegando al pan se tirará del cordelito hasta traer el pan al primer peldaño, de manera que tengas que pasarte la velada subiendo y bajando detrás del pan –la mayor parte de las veces sin alcanzarlo.

Le dijeron: No se te prohíbe conocer personas en la escalera, pero jamás deberás hablar con desconocidos. Tampoco deberás abandonar la escalera bajo ningún concepto. Esto es terminante. En esa área de la escalera eres soberano. Intenta ser agradable con el jefe, muéstrate simpático. Eso pudiera cambiar tu destino. Aunque se te advierte desde el principio que el jefe no transita por la escalera, el jefe asciende directamente por el ascensor.

Le dijeron: Pórtate bien. Si te pegan, no protestes. Es más cómodo. Aprende desde el principio a utilizar tu libertad en secreto. Puedes imaginar que eres conde, por ejemplo. Decide tu porvenir en la casa tú mismo. Tienes derecho a una mujer

y varios hijos que se te traerán en un carro cerrado cuando se estime conveniente. No creas en alucinaciones ni aspiras a poseer cosas. En esta casa todo ocurre matemáticamente. Estudia, prepárate para mayordomo.

Y nuestro extraño ser entró en el juego, sin comprenderlo pero dispuesto a utilizar su libertad que consumió en silencio, acompañado de la más estricta soledad. Cuando no estaba subiendo y bajando detrás del pan, podía encontrarse en un rellano preguntándose en secreto, con los demás seres de la escalera, el oculto sentido de las palabras del recepcionista, cuya clave aclararía su papel en la casa. Pero como estaba entre desconocidos no debía preguntar ni responder.

Nadie sabe cuánto logró averiguar al respecto. Un día, tal vez como parte del juego, alguien se le acercó, despaciosamente, sopló, y el extraño ser se desvaneció tan repentinamente como había aparecido. Otro carro se detuvo en la puerta con un nuevo ser, y todos en la escalera continuaron en su libertad en busca del famoso oculto sentido, puesto que, después de todo, como muy bien expresaría más adelante uno de los hijos del propio desaparecido hablando consigo mismo, ¿quién podría demostrar, ahora, que la tal criatura existió en realidad? Las alucinaciones, ya se sabe, estaban prohibidas. Tal vez se trataba de una catástrofe matemática que algún día sería esclarecida –no lo dudaba. Tampoco era, en modo alguno, la primera vez que algo así ocurría en la casa –observó. Terminó con un llamamiento general a la cordura.

La estrella

Cientos de personas permanecen dando miedo en las cuatro esquinas como si ya nunca más fueran a reponerse del susto, pues sería inverosímil, y hasta ofensivo para la razón, suponer que tanta gente se haya prestado para representar una foto siniestra. Sin embargo el pie que iba a ser mudado se ha quedado detenido en el aire con demasiada perfección, el brazo que en su pendular iba a regresar ha adquirido la severa plasticidad de lo que ha sido ensayado muchas veces, igual perfección sospechosa muestran los ojos: desmesurados donde los dejara el susto, o el posible susto si se tratara en efecto de una actuación. Pero a la vez, transparente en cada uno de los rostros un «!Oh!» de terror prisionero en la garganta que de ninguna manera pudiera ser fingido. Y es insólito y es siniestro todo esto y hace daño para siempre mirarlo.

Es una tarde de pronto quieta, silenciosa, suspendida entre el olvido y el crepúsculo, una tarde sorprendentemente sin un ómnibus, ni aun una mota, en la avenida más céntrica de la ciudad. Y toda la eternidad del mundo sigue pasando sin pasar, en el mayor silencio, dejando empero un zumbido muy blanco en los oídos.

El corazón late con premura, un agua muy fría resbala por las sienas. ¿Habremos permanecido siempre aquí, eternamente, como ahora, y todo lo otro ha sido mentira? Oh crepúsculo, crepúsculo, señor, mi testigo, ¿cayó al fin la bomba atómica y no nos hemos enterado aún? ¿Qué podría hacer ahí, si no, esa masa humana mirando nada en tan insólita posición horrible, demasiado perfecta por otra parte? Porque

si hubo un accidente, ¿adónde los vehículos de la catástrofe? Y si un accidente de otro tipo, una alarma atómica por ejemplo, ¿porqué no está entonces el tránsito circulando como de costumbre, e incluso más de prisa que de costumbre, y nosotros con él, huyendo hacia los subterráneos?

El recién llegado no lo puede comprender, y jadeando, definitivamente persuadido de que se trata del rodaje de una película pero dispuesto a confirmarlo, se abre paso a través del muro de extras hasta bajar de la acera junto a cuyo contén ha de estar el cadáver destrozado posando a la luz natural de las cámaras. En efecto, no dedujo mal. De la nada, como por encanto, ha surgido entonces en la filmación el ómnibus de la desgracia junto con el tránsito que se reanuda y los extras que se alejan —después de completar su papel dejando escapar al unísono un «¡Oh..!» rotundo y magistral—, y ahí está el cadáver de la estrella junto al contén. Pero él ya nunca confirmará nada.

Tránsito

Antes pasaba de prisa
manejando él mismo.
Hoy también va de prisa,
pero no es él el que maneja.
Famoso de repente,
hoy él va detrás.
Y más detrás aún
va una fila de autos
con pañuelitos llorosos
diciendo adiós con prisa.

Un hombre y una mujer

Un hombre y una mujer avanzan por la calle. Y
ríen. Hacen planes.
Les fue bien en el hotel donde hicieron el amor
y ríen, se citan para mañana. La vida es estupenda.
Mañana él estará tendido en la funeraria una hora
antes de la cita (el andamio
en el último piso se zafó a las once menos cinco)
y tres años más tarde ella ingresará en el hospital,
pero sólo por unos pocos días, nada
de cuidado
(según informará por teléfono la tarde del día anterior
a sus amigas: que ya saben que es cáncer).
Pero ahora acaban de hacer el amor,
tienen una cita para mañana, y ríen, se aprietan las
manos. Ha sido una tarde tremenda.
No se cambiarían por nadie.